

CULTURA

DON WINSLOW Escritor

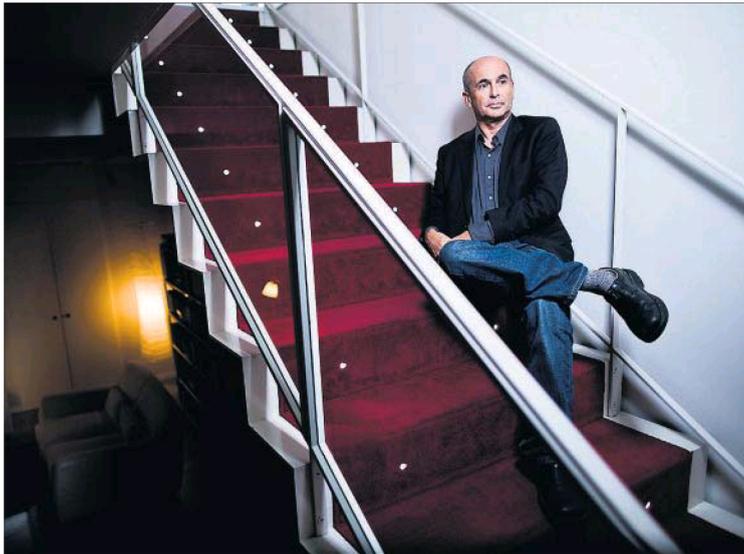
“De una manera o de otra, todos estamos atrapados por las drogas”

JUAN CARLOS GALINDO, Madrid
 “No entiendo cómo alguien puede tener buena conciencia y consumir cocaína para divertirse, sabiendo que es producida y comercializada por violadores, asesinos en masa y traficantes de personas. Todos somos El Cartel, claro. Creo que la gente mira al libro y cree que el término se refiere solo a los carteles en sí mismos... Sí, ellos son El Cartel, pero las agencias federales, las cárceles, los abogados, los ejércitos, la gente que se droga, los bancos que lavan el dinero que termina en negocios legales, etcétera, también lo son. Es decir, de una manera o de otra, todos estamos atrapados por las drogas”.

Don Winslow (Nueva York, 1953) agudiza las conciencias con sus preguntas incómodas contra el buenismo de Estados Unidos y Europa en la lucha contra el narco. El autor estadounidense se charla con EL PAÍS poco después de bajarse del avión que le ha conducido a Madrid para promocionar *El Cartel*, su monumental retrato del submundo del narcotráfico con el que hace un mes ganó el noveno Premio RBA de Novela Negra.

“No estamos perdiendo la guerra contra las drogas; la hemos perdido y nunca deberíamos haberla iniciado. Es sólo un gigantesco negocio, una industria en la que los narcos y quienes luchan contra ellos mantienen una relación simbiótica”, responde sin pestañear cuando se le pregunta por los esfuerzos que están realizando su país o de México.

Winslow no podría ir tranquilo por el mundo dando estos titulares si no se hubiera pasado 16 años de su vida inmerso en el mundo criminal de las drogas, como testigo, levantando acta. Seis años, primero, para escribir *El poder del perro* y 10 más después para rematar este enorme fresco a medio camino entre el



Don Winslow, retratado ayer en Madrid. / SAMUEL SÁNCHEZ

thriller, la novela política y el documental. El agente de la DEA Art Keller y el jefe del cartel de Sinaloa, Adán Barrera, vuelven a verse las caras como modernos Ahab y Moby Dick, en caza perpetua, obsesionados hasta la muerte.

Todo es más violento

Ahora todo es mucho más complejo, violento y sádico. La realidad es tan brutal y la documentación que hay detrás de la novela tan exhaustiva que todo corría el riesgo de no ser creíble. “No quieres glorificar a esa gente, pero han de ser reales. A veces leía cosas que no me podía creer. Otras, decidí no escribir sobre cosas que sabía que eran ciertas porque no creía que el lector pudiese aguantarlas. Tampoco quería esterilizar esa vio-

lencia. He estado allí y no es así: es sucio, es horrible”, explica.

La novela describe los peores años de la guerra contra la droga, una lucha militarizada y llena de crímenes publicitados por los narcos hasta el vómito. “Ellos querían ser quienes cantaran la historia y eso es una postura muy sofisticada, especialmente para un criminal. Aprovecharon la anarquía de Internet y las redes sociales y pusieron a gente a trabajar en ello. Ahora es de locos”, recalca.

El asunto conduce a uno de los personajes, Pablo Mora, un periodista que ama Juárez y su trabajo y sufre porque ve cómo ambos mueren. “Son los verdaderos héroes. Es casi imposible ser un periodista honesto en México. Lo que no entiende la gente en Europa y Estados Unidos es que la corrupción no es

“Decidí no escribir sobre algunas cosas; no creía que el lector las aguantara”

“Es casi imposible ser un periodista honesto en México. Son héroes”

“El Chapo no se escapó. La violencia estaba subiendo y el Gobierno lo sacó”

una elección para muchos”.

Winslow sonríe cuando se le pregunta por una de sus cuestiones preferidas, Joaquín *El Chapo* Guzmán, de quien Barrera es un trasunto literario. “No se escapó por ese túnel. ¡Por favor! ¡Es ridículo! La violencia estaba subiendo y el Gobierno decidió que saliese porque es el único que tiene el poder y el prestigio para controlar la situación, para ser el Padrino”, asegura.

Amante de los libros

Hijo de una familia humilde, Winslow ama los libros. De vocación temprana y éxito tardío, el autor de *Salvajes* trabajó como guía turístico y detective privado antes de poder dedicarse de lleno a la escritura, en la que se inició con la serie del detective Neal Carey. “¿Sabes? No sé ni cómo salió. Yo sólo trataba de hacer algo divertido y homenajear a Elmore Leonard o a Lawrence Sanders, a los que leía para matar el tiempo mientras hacía turnos de vigilancia como detective”.

Hablar de literatura le devuelve el brillo a los ojos: “¿Influencias? James Ellroy y Roberto Bolaño, por ejemplo. James Crumley y muchos más del género. Me gusta también referirme a Cervantes y a *El Lazarillo de Tormes*, la primera vez en la literatura occidental que alguien habló de ladrones, putas, chulos y ese submundo en el que se está mejor”, cuenta torrencialmente, sin rastro de *jet lag*, feliz.

Pero el mundo del narco tiene demasiado poder y su sombra regresa. En los finales tristes de Winslow sólo hay muerte, exilio o redención. Descartadas las dos primeras, el autor busca una salida. “Ahora quiero escribir otra novela de Neal Carey, aunque no sé cómo. No he olvidado lo que he visto estos 10 años. No he podido. Esta vez es mucho peor que con *El poder del perro* y he visto cosas que no puedo ignorar. Hacía grandes esfuerzos al final de cada jornada, salía a correr, a hacer surf, cocinaba para mi mujer. Sin embargo, no he tenido éxito, no lo he podido dejar atrás. Me gustaría decir otra cosa, sería genial, pero no, para nada”, concluye, consciente de que, en efecto, todos estamos atrapados por El Cartel.

TIPO DE LETRA

Javier Rodríguez Marcos

Prohibido aburrirse con el Nobel

Mañana se falla el premio de literatura. No hay recetas para saber quién ganará

Hay muchas formas de saber cómo se otorga el premio Nobel pero ninguna pasa por la casa de apuestas Ladbrokes, citada cada octubre como gurú de referencia. Mañana, Sara Danius, la primera mujer en ocupar la secretaría de la Academia Sueca, se estrenará anunciando el ganador de este año. Puede que hayamos leído al afortunado o incluso que sepamos deletrear su nombre, pero para enterarnos de qué se ha cocinado tras la puerta blanca que Danius abrirá a las 13 horas tendremos que esperar medio siglo, el que sella el secreto de las deliberaciones.

Puestos a entretener la espera —hasta mañana o hasta 2065—, lo mejor es leer *El premio Nobel de literatura* (Nórdica), escrito en 2001 por el académico Kjell Espmark con motivo del centenario del medallón más prestigioso del mundo y traducido por Marina Torres. Con un pie en el canon y otro en la geopolítica, Espmark desgana con detalle la historia de un galardón que empezó alternando descaradamente franceses y alemanes para mirar sin recato hacia Estados Unidos des-

pués de la Segunda Guerra Mundial y abrirse al Tercer Mundo a partir de los años setenta. Por él sabemos lo cerca que estuvieron de obtenerlo Galdós, Unamuno, Ángel Guimerà o Rafael Alberti. También que se barajó a Borges para compartirlo con Miguel Ángel Asturias en 1967, es decir, antes de que Pinochet y Videla se cruzaran en su camino.

Tenemos muchas pistas sobre la cocina del Nobel pero ninguna receta. Acaso porque no las hay. Cuando en 1989 lo ganó Cela se dijo que pasarían décadas antes de que un autor en español volviera al palmarés. Doce meses más tarde se lo llevó Octavio Paz. En octubre pasado el consagrado fue Patrick Modiano pese a que su compatriota J. M. G. Le Clézio lo había sido seis años antes.

Si el libro de Kjell Espmark es la mejor forma de conocer el Nobel a lo largo de un siglo, una buena manera de conocerlo en una edición concreta son las memorias de James D. Watson, galardonado con el de Medicina de 1962 por el descubrimiento junto a Francis Crick de la estructura de la molécula del ADN,

la famosa doble hélice. En *Prohibido aburrirse (y aburrir)* (Tusquets), traducido por Dulcinea Otero-Piñero, el biólogo arranca con la llamada que le lanzó a un “reinado” que él compara con el de Miss América y termina con una jugosa lista de consejos a inmortales futuros. Tales avisos van desde resignarse a agondar después de pasar por Estocolmo —asistir a banquetes se convierte en una “segunda profesión” y “cuando los anfitriones exageran tanto tu importancia que llegan a avergonzarte es más fácil repetir plato que mantener cualquier conversación”— hasta evitar encuentros con más de dos premiados. ¿La razón? Dado que suele pasar cierto tiempo entre la concesión del galardón y el trabajo que se reconoce con él —nueve años en su caso— es probable que hasta los últimos elegidos hayan conocido momentos mejores. Para seguir activo, sugiere el agudo Watson, lo mejor es frecuentar a colegas jóvenes que no hayan alcanzado la fama: “Seguramente te ganarán al tenis, pero te mantendrán el cerebro en movimiento”. ¿Cuántos novelistas dirían algo así?